



DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL PARTIDO POPULAR Y PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN UN ACTO ORGANIZADO POR EL PARTIDO POPULAR DE GALICIA

Santiago de Compostela, 15 de septiembre de 2001

Querido Presidente, queridas amigas y amigos,

Quiero daros dobles gracias: primero, gracias por estar aquí, en el Monte do Gozo, con todos nosotros esta mañana, que es una mañana gallega hermosísima; y, en segundo lugar, gracias por invitarme a compartir este rato con todos vosotros.

Yo sé que este año, probablemente, este acto se ha preparado con más ilusión y con más deseos que nunca. Tenemos dentro de muy pocas fechas una convocatoria electoral en la que ponemos todo nuestro empeño, todos nuestros deseos y todas nuestras ambiciones para alcanzar otra vez una gran victoria que nos permita seguir trabajando, seguir trazando nuevos caminos, nuevas metas y nuevos objetivos para continuar una tarea que nadie puede negar, y es la tarea de la transformación formidable que Galicia está sufriendo y teniendo en los últimos años para bien de la prosperidad de todos los gallegos. Eso nadie lo puede negar.

Pero, antes de hablar de eso, me vais a permitir y comprender también que tengo que hablar de algunas cosas y consecuencias de actos terribles que hemos vivido

estos días. Y nuestro primer recuerdo hoy aquí, en el Monte do Gozo, ha sido para las víctimas que ha tenido esa gran nación amiga y aliada, que son los Estados Unidos de América. Su dolor, sus sentimientos, su indignación, son también los nuestros.

Hoy tiene un especial sentido que estemos aquí reunidos por las cosas que han dicho todos los que han intervenido, y muy especialmente Manuel Fraga; pero tiene mucho sentido porque éste es un acto político de ciudadanos libres, de ciudadanos como nosotros, que creemos en unos principios y en unos valores, que creemos que nuestro modo de vida merece la pena, porque es un modo de vida que preserva nuestra libertad y nos ayuda y nos permite progresar.

Tenemos ideas para hacer de nuestra civilización, para hacer de Galicia, para hacer de nuestra nación española, un lugar y unos lugares mejores, y participamos en la vida pública justamente para eso: para llevar nuestras ideas a la práctica.

Pues bien, quiero decir que justamente esto, entre otras cosas, es lo que los terroristas quieren destruir; los terroristas de allí, los de aquí y los de todas partes; que quieren destruir y que renunciemos a la libertad; que quieren que nos dejemos llevar por sus ideas fanáticas, sin que podamos oponer ni la crítica ni la opinión libremente expresada de la mayoría. Los pueblos civilizados y democráticos, sencillamente, claramente, pero de un modo determinado, tenemos que negarnos a ello.

Por eso estamos aquí, como cualquier otro ciudadano puede estar en cualquier otro acto de naturaleza democrática, para decir que vamos a seguir siendo libres y que seguiremos participando unidos en la defensa de nuestras libertades, de nuestra democracia y de nuestra nación.

Todos hemos sido golpeados y a todos nos han conmovido los asesinatos del pasado martes en los Estados Unidos. He dicho y reitero que ha sido un ataque a

todos los demócratas, a todos los valores en los que se sustenta nuestra civilización, y que ha sido un ataque contra la humanidad.

Los españoles, desgraciadamente, sabemos lo que es aguantar, soportar y plantar cara, durante muchos años y con muchas pruebas, a la crueldad terrorista; sabemos cuál es el dolor que infringe, pero sabemos también que lo importante es tener la voluntad de superar ese dolor y la determinación de no cejar, en ningún caso, en la defensa de nuestros valores, y saber que con el terror ni se transige, ni se dialoga, ni se es flexible; simplemente, se le derrota. Y eso es lo que tenemos que hacer y es lo que haremos.

Las imágenes de esa hecatombe que hemos vivido nos han enfrentado en vivo a uno de los más grandes desafíos del siglo XXI. El fanatismo ciego de ideologías o creencias que hacen de su ideal absoluto el sacrificio de miles de víctimas, de miles de seres humanos; el fanatismo religioso, el fanatismo étnico, el nacionalismo fanático y radical son caras de la misma moneda, que nos dicen a todos que el que no esté en sus filas es su enemigo.

Los demócratas debemos aceptar la libre expresión de las ideas, estén cerca o lejos de las nuestras; pero debemos plantar cara y ser inflexibles frente a los fanáticos, ser inflexibles frente a los terroristas y ser inflexibles contra aquellos que quieren sembrar la sociedad de intolerancia para luego acabar sacrificando vidas humanas injusta y cruelmente.

Que nadie se engañe --y Manuel Fraga hacía un recordatorio histórico del terrorismo muy puesto en razón y muy justificado--, todo el terrorismo es igual; es simplemente terrorismo. No hay ninguna justificación, ninguna explicación o ninguna causa que lo pueda amparar.

Por desgracia, vemos que siempre puede haber gente dispuesta a dar ventaja de partida al fanático, al violento, y dispuesta a explicarles a las verdaderas víctimas que los que deben cambiar son ellos para apaciguar, para supuestamente domesticar o para tranquilizar a los terroristas. Yo respeto también a los que

tienen esas opiniones; pero no estoy de acuerdo con ellas y, por supuesto, no estoy dispuesto ni a callar, ni a que no se escuchen las mías. Siempre apoyaré a las víctimas y nunca a los verdugos; siempre apoyaremos la sociedad libre y democrática frente a cualquier ataque del terror y a aquellos que lo pueden sostener o lo pueden amparar.

Dar amparo intelectual, dar cobertura intelectual, al terrorismo por el procedimiento de remontar sus causas a supuestos agravios presentes o pasados es trasladar la culpabilidad al otro lado de la raya, y eso es inaceptable; es decir que alguien tiene derecho a atacar y a hacer lo que ha hecho. Eso es el fin de la convivencia democrática. Por eso yo digo y reitero que el terrorista es el único culpable, que el terrorista debe ser perseguido y que el terrorista debe ser castigado con arreglo a las normas democráticas de los Estados de Derecho, de la justicia de nuestros países y de la justicia internacional.

Además de eso, han atacado a unas personas, a unas ciudades, a una nación; pero, además, a unos valores, y son los valores que compartimos. La libertad, la democracia, los derechos de las personas, la Justicia, son valores para cuya defensa nos hemos unido en una relación de alianza y amistad con otras naciones y también con los Estados Unidos. Una nación que demostró en su momento, y sería ingrato no recordarlo, que en dos guerras mundiales supo plantar cara a las tiranías que se pretendían en Europa y sería ruin olvidar que durante décadas también plantó cara en una Europa que quería ser botín de otra tiranía hasta hace poco todavía amenazante. Asumieron una responsabilidad muy importante y justo es que lo sepamos y que lo reconozcamos ahora.

Ahora es momento también de decir que nuestra alianza no se basa en intereses, sino en valores compartidos, y que vamos a trabajar con nuestros aliados para la defensa de esos valores; que tenemos la razón, que tenemos la legitimidad y que tenemos la determinación para hacerlo.

Por eso, porque los españoles entendemos bien y hemos sufrido en carne propia el terror; por ese sufrimiento compartido y por esa comunidad de valores tenemos que formar parte, sin la menor duda, de esa gran coalición de la libertad contra el terror y apoyaremos todos los esfuerzos para que se localice a los responsables de los crímenes y se haga justicia; participaremos en la defensa conjunta, definida por toda la Alianza Atlántica, para defender los principios básicos de nuestra convivencia, y pondremos todos nuestros medios para defendernos de quienes nos atacan. Sabemos que nuestra alianza con los países libres no es unilateral, no es cuando a uno le conviene; es recíproca, es para todos y sin distinciones cuando el terror está por medio.

Nosotros, los españoles, hemos hecho muchos esfuerzos para convencer a otros de que el terrorismo no es un problema interno de ningún país y hemos sufrido mucho por ello. Ahora espero y deseo que los europeos, que todas las naciones europeas, que la Unión Europea, sepan dar un paso adelante muy importante en todo lo que significa la lucha contra el terrorismo, la cooperación, la lucha y la cooperación contra la criminalidad organizada y la utilización de todos los recursos de seguridad, de inteligencia, económicos, para extirpar todas aquellas amenazas que puedan suponer una quiebra de nuestros países, de nuestras sociedades.

El compromiso para erradicar el fanatismo, la violencia y el odio étnico allí donde crezca es el nuestro. Sabemos que en las grandes crisis el corazón se rompe o se fortalece. La sociedad española ha dado al mundo muchos ejemplos de la fortaleza de su corazón, de la firmeza de su determinación. Lo vamos a seguir demostrando para evitar que algunos socaven los pilares de la libertad y convivencia.

En esa determinación y en esa lucha me gustaría contar también, por supuesto, con el respaldo, con el ánimo y con el empeño de todos los gallegos de bien, de toda Galicia de bien, empeñada también en salvaguardar la mucho que tiene y a lo mucho que aspira.

Quiero decir que soy muy consciente del lugar en el que estoy: en este Monte del Gozo. Probablemente en toda la geografía europea no exista un nombre tan esperanzado, un nombre que signifique tanta ilusión, tantos deseos de futuro, tanta esperanza, como el Monte del Gozo. El Monte del Gozo es la culminación de esfuerzos que tienen riesgos, que tienen dificultades, pero que sin duda se acercan a sueños ansiados, deseados, que podemos hacer posibles.

Con razón se ha hablado del Camino de Santiago como la semilla de un sueño europeo, de una Europa democrática, unida y próspera. Hoy no se puede hablar de Galicia como se hablaba en años anteriores; hoy no hablamos de tierras resignadas, sino de tierras de esperanzas; hoy no hablamos de simples palabras, sino de muchos hechos; hoy hablamos de continuar una tarea.

Os quiero decir, retomando lo que decía al principio, que la tarea que se ha hecho en los últimos años, encabezada por Manuel Fraga, de modernización de Galicia es una tarea gigantesca, es una tarea que no está terminada y es una tarea que, como él mismo ha dicho, significará que otros problemas hay que resolver.

Yo siempre digo que, si uno deja al margen los problemas del terrorismo, de los que nunca te puedes olvidar, España fundamentalmente en uno de sus grandes cambios significa que tiene básicamente los problemas de una sociedad próspera, y eso es lo mejor que se puede decir respecto de los cambios que han ocurrido en nuestro país. Pues quiero decir que Galicia, también.

De lo que se trata es de que la decisión de los gallegos signifique que no se para ese proyecto de modernización, que no se para ese impulso de Galicia, que no se para la transformación gallega, que no se paran las ganas de hacer cosas y que no se ponen en riesgo. Os digo dos cosas: por razones internas de Galicia y por razones de que la situación no está para bromas, los gallegos tienen que apostar por la prosperidad, por la estabilidad, por la seguridad y por la contribución que Fraga les puede dar y que Fraga nos puede dar a todos.

Éstos no son momentos ni de riesgos, ni de dudas. Quien quiera sembrar incertidumbres se equivoca del momento en que vive. Al contrario, es tiempo de dar confianza, de dar seguridades, de marcar claramente el camino a dónde queremos ir y lo que tenemos que hacer. Eso es lo que ha hecho estos años Manuel Fraga y eso es lo que Manuel Fraga tiene que seguir haciendo especialmente de cara al futuro.

Podemos hablar claramente de infraestructuras, podemos hablar de ferrocarriles, podemos hablar de autovías, podemos hablar de financiación, podemos hablar de energía, podemos hablar de tecnologías, podemos hablar de empresas... Nosotros podemos hablar de lo que hacemos y otros pueden hablar de lo que no hacen nunca, de lo que nunca hicieron y de lo que nunca van a hacer.

En momentos muy difíciles desde el punto de vista internacional, en momentos en que la economía del mundo no vive su mejor situación, es cuando hay que decir: estabilidad, seguridad y trabajo son las claves en las cuales se tiene que guiar una buena reflexión política para el futuro. Ni mirar atrás, ni volver atrás, ni, desde luego, dedicarse a cuestionar aquello básico, que son elementos fundamentales que aseguran nuestra estabilidad y nuestro progreso, y que sería, además, un disparate poner en cuestión.

Sumar, sumar y sumar voluntades; hacer de cada peldaño que podamos construir en Galicia un objetivo nuevo y una ambición más; tener confianza en nosotros mismos y seguir con una política y con un proyecto que ha dado buenos frutos en Galicia y en España: el proyecto de un gran partido centrista, de un gran partido liberal, de un gran partido reformador, que sabe que es ahí donde está la clave del éxito y que sabe que en cada momento hay que interpretar la situación en función de los principios que defiendes y en función de las aspiraciones y de los objetivos de los ciudadanos.

Hoy Galicia tiene una oportunidad de continuar su progreso, tiene la oportunidad de contribuir cada vez más a la cohesión y a la prosperidad de España y tiene la oportunidad, una vez más, y yo sé que lo hará, de dar una lección de sentido común, de estabilidad, de seguridad, de trabajo, dándole al Partido Popular y dando a Manuel Fraga la mayoría que necesita Galicia y la mayoría que conviene en estos momentos a todos.

Muchas gracias, mucho éxito y hasta muy pronto.